

con una clara aceleración a partir de la mitad del siglo II a.C. y a lo largo de la primera mitad del I a.C. (los datos procedentes de Burriac son aquí esenciales);

— el papel de la fundación de un centro urbano dotado de estatuto privilegiado, *Iluro*. El tema de su condición jurídica, su evolución y significado es objeto de interesantes comentarios. La creación de *Iluro* se interpreta como materialización de un segundo momento de control que prescinde ya claramente de la organización indígena, hecho puesto de manifiesto en la decadencia y abandono de Burriac y otros centros innecesarios en la nueva estrategia de ocupación y explotación del territorio;

— la red viaria y su evolución desde la fase ibérica y durante el período republicano, respondiendo a las nuevas exigencias nacidas de una nueva distribución del poblamiento que coloniza nuevos terrenos, áreas más bajas y próximas a la costa y que precisa una comunicación longitudinal (*Via Augusta*), paralela a la costa y ejes transversales que unan a los cordones litorales;

— la evolución de la producción en la región y el cambio en las relaciones productivas (incorporación del cultivo de vid, alteraciones en la producción y almacenamiento del cereal) y multiplicación de centros de fabricación de ánforas vinarias, la integración en nuevos marcos administrativos y la imposición de un catastro que supone un control fiscal y demográfico.

El capítulo dedicado al catastro merece un comentario. Si la comarca cuenta con la ventaja de una documentación arqueológica rica, la otra cara de la moneda es que se trata de una zona fuertemente alterada en las últimas décadas, hecho que dificulta considerablemente el estudio de la morfología del paisaje y la detección de trazas antiguas. Sin duda es uno de los rasgos que dificulta de forma notable la interpretación de las escasas trazas localizadas en el Maresme, trazas que, por otro lado, coinciden con la orientación natural de la comarca (perpendiculares a la línea de costa), y son insuficientes para evaluar el módulo. Tampoco la distribución de yacimientos, en relación a la trama catastral, tiene una significación muy elevada. Es evidente que los datos permiten proponer la hipótesis de una *limitatio* que, a partir de la segunda mitad del siglo II a.C., materializase la imposición de un catastro no para instalar a colonos itálicos, sino, mayoritariamente, a poblaciones locales, pero no autorizan, por el momento, a afirmar su existencia.

El estudio del territorio exige ir integrando otras informaciones que, si bien con frecuencia no tienen el peso de la actividad agraria, no dejan de ser importantes en la distribución del poblamiento y en la vocación o especialización de ciertos poblados, vías, etc.: se trata, por ejemplo del papel de la ganadería, o de la minería y la metalurgia, apenas mencionados en el caso del Maresme.

La visión global del trabajo nos lleva a comprobar la imposibilidad —que se constata en otros estudios de similar enfoque—, de emprender estudios lineales y la necesidad de tener en cuenta perduraciones y cambios, de evaluar el peso de las innovaciones (demográficas, productivas, estructura de poblamiento...) y las diferencias espaciales y temporales. Los análisis regionales en diferentes áreas peninsulares se pueden convertir en puntos de referencia para una nueva visión de la romanización en la Península y la recepción por parte de los grupos indígenas. Estos trabajos nos están haciendo ver que, en muchos casos, no es posible afirmar que la presencia romana sea más intensa en unas áreas que en otras, sino que hay zonas más y mejor trabajadas, y en ellas percibimos mejor los procesos de redistribución de la población, intensificación, diversificación y un cierto grado de especialización en la producción.

El autor habla, en resumen, de un “modelo de romanización” determinado por las relaciones establecidas entre Roma y los indígenas y las distintas fases que llevan a la descomposición de las estructuras de poder, sociales y eco-

nómicas de la sociedad ibérica de esta zona de Nordeste, que se pueden leer en la evolución del territorio del Maresme.

Almudena Orejas Saco del Valle
Universidad Alfonso X el Sabio. Madrid

M. Mariné (coord.), *Historia de Ávila, I. Prehistoria e Historia Antigua*. Ávila (Institución Gran Duque de Alba de la Excma. Diputación de Ávila. Caja de Ahorros de Ávila), 1995, 386 pp. 128 figs. ISBN: 84-86930-55-3.

De reciente aparición es este primer tomo de la colección sobre la historia de la provincia de Ávila que programada en varios volúmenes y bajo la coordinación general de Eloy Benito Ruano ha editado la Institución Gran Duque de Alba de la Excelentísima Diputación de Ávila. La obra objeto de esta reseña, único volumen que ha visto la luz de este proyecto, constituye una completa síntesis acerca de la Prehistoria y la Historia Antigua abulenses. Con una autoría plural coordinada por María Mariné, el trabajo se nos presenta estructurado en siete bloques fundamentales, anteceditos por un lógico cuerpo preliminar (presentación, prólogo e introducción) y clausurado con un índice doble, onomástico y toponímico, que redondea el contenido del volumen.

En un primer apartado (pp. XXXI-LXXII), Ángel Barrios presenta una rápida revisión de la literatura historiográfica provincial. La exposición y valoración de los distintos enfoques dados a la historia, los hitos, los grandes personajes y la vida de los abulenses en general se completa con un siempre útil listado bibliográfico ordenado cronológicamente (desde 1256 hasta 1994, con alrededor de 400 títulos). En buena lógica, a tenor de lo que viene siendo habitual en obras genéricas como ésta, el lector espera toparse con un capítulo dedicado al medio geográfico del escenario histórico. Y sorprende en este propósito la ausencia del mismo, relegado tal y como se nos dice (p. XXVI) a los vol. II y III, dedicados a la época medieval y de futura publicación. Se echa en falta el estudio del marco físico y no es fácil comprender las razones que llevan a retrasar su tratamiento hasta un momento posterior, cuando el entorno geográfico es precisamente un factor consustancial, si bien variable también, al desarrollo histórico —remoto y reciente—; y esto se acusa si cabe aún más en regiones como Ávila, donde un relieve tan peculiar (cadena montañosa del Sistema Central, valles intermedios, planicies...) condiciona sobremedida la ocupación humana asentada sobre el mismo.

Manuel Santonja es el autor del capítulo dedicado al Paleolítico (pp. 3-20). La escasez de conocimiento científico de esta época en Ávila determina una panorámica ligera, en la que destacan yacimientos como Narros del Castillo, del período Achelense dentro del Paleolítico Medio, con importante industria lítica, o La Dehesa, junto al Cerro del Berrueco en espacio administrativo ya de la provincia de Salamanca, para la fase del Paleolítico Superior. La redacción del extenso tiempo que va desde el Neolítico al final de la Edad del Bronce es obra de Germán Delibes de Castro. Este capítulo (pp. 23-90) recoge una secuencia de contenido mucho más explotable, como queda indicado en la realidad que brindan los estudios de, por ejemplo, el hábitat neolítico al aire libre de La Peña del Bardal de Diego Álvaro o el estadio calcolítico, con la manifestación ya de numerosos poblados y la aparición de la metalurgia. El fenómeno megalítico y en él el estudio de ritos fúnebres, como el documentado en el sepulcro dolménico de Bernuy Salinero, del que existe una reciente publicación que sin duda no ha podido ser consultada por Delibes para la redacción de estas páginas (J. F. Fabián García, *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta*

Norte, Salamanca, 1995), anuncian un lento despertar de la prehistoria abulense que se activa con los estudios más numerosos del horizonte campaniforme. Aquí, yacimientos como Pajares de Adaja, Aldeagordillo o Valdepeñas, testimonian, en un lenguaje funerario, la tendencia hacia la jerarquización social que se empieza a vislumbrar con la distinción de un grupo de minorías de poder reconocido arqueológicamente en piezas tenidas por insignias de prestigio, como el hacha-martillo perforado de Solosancho, a cuyo análisis se dedican unas páginas. Notables son también las expectativas que esta provincia despierta para la Edad del Bronce, con una sucesión de facies desde el Castillo de Cardeñosa, con *exclusivos* niveles de un Bronce Antiguo anterior a Cogotas I, pasando por la fase transicional de Proto-Cogotas I, bien representada en Mingorría, además de en otras estaciones abulenses, y por último Cogotas I —Pleno—, definido en el epónimo yacimiento de Cardeñosa e igualmente registrado en Sanchorreja y el Cerro del Berruero (Cancho Enamorado), puntos emblemáticos para el estudio de la Prehistoria Final de la meseta norte. La metalurgia del bronce, la economía agropecuaria, las transiciones del Bronce al Hierro, y la importancia de los contactos con el sur, son otros de los aspectos más destacados que completan este capítulo, perfectamente hilvanado por Delibes. Antes de abordar el estudio de la Edad del Hierro, tan significativa en la provincia abulense, se introduce un breve apartado dedicado a la pintura rupestre pospaleolítica (pp. 93-102, firmado también por Delibes), que tiene en los abrigos serranos de Mingubela de Ojos Albos y El Risco de las Zorreras, junto al Raso, las manifestaciones más notorias de esta plástica.

En más de 150 páginas, Fernando Fernández Gómez afronta el tratamiento del Ier milenio a.C. Es el bloque más espaciado y ello resulta lógico si consideramos que se trata de la época mejor estudiada y probablemente más representativa del pasado abulense. Es cabal la presentación de los grandes yacimientos del momento (Sanchorreja, Cerro del Berruero, Las Cogotas, Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso, excavado por el autor de estas páginas, aspecto éste que no pasa desapercibido), ilustrativa la caracterización cultural (urbanismo, toponimia, demografía, costumbres, organización sociopolítica, economía, religión, plástica zoomorfa de los verracos...) y ordenado el estudio de los materiales arqueológicos, cuya lectura es amasada por Fernández Gómez para integrarla como secuencia cultural superpuesta a la sucesión de datos ya señaladamente históricos para los episodios finales de este tránsito protohistórico. Más matizable me resultan algunos aspectos puntuales, como la visión un tanto filocelta (cerrada, clásica y deudora de viejos postulados invasionistas que no acaban de ser enterrados) de la formación del pueblo vetón (pp. 109-113), y dentro de esto el ascendente *eburón* de la etnicidad vetona (pp. 111, 173-174, 221...), la pervivencia retardataria de Cogotas I hasta casi el s. VI a.C. sin tomar en cuenta las recientes teorías de González-Tablas, del que sí se sirve para otras cuestiones, en relación al horizonte Sanchorreja II de la Primera Edad del Hierro, u otras ideas adicionales como el origen de la espada de frontón que Fernández Gómez deriva de Centroeuropa (p. 200), cuando hoy trabajos como los de F. Quesada o A. Llorrio demuestran que obedece a un prototipo más bien mediterráneo, como ya había sugerido E. Cabré. En cualquier caso la síntesis es meritoria en conjunto y excelente en algunos puntos, sugerentemente tratados en mi opinión, como las relaciones culturales y comerciales de esta región meseteña occidental con otros pueblos peninsulares (pp. 233-237), vía que considero esencial para entender el desarrollo de estas gentes vetonas y su tendencia hacia una complejidad socio-económica cada vez más acusada.

La época romana es un tiempo poco matizado en la provincia de Ávila, del que no se han producido muchos avances desde el estudio ya tradicional de E. Rodríguez Almeida (*Ávila romana. Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio*, Ávila, 1981).

María Mariné es la encargada de compilar las fuentes de información que poseemos de este período para ofrecer un esbozo de su historia (pp. 273-327). Merecen especial atención, a ojos de la autora, el tratamiento de las vías de comunicación locales y su integración en la red viaria romana (pp. 290-297), los restos clásicos de la capital (reutilizaciones en la muralla, epígrafes, *terra sigillata*), los monumentos funerarios singulares y locales representados por los verracos altoimperiales, la economía agrícola de algunas *villae* de los valles del Adaja y Zapardiel —si bien no muy bien documentadas—, o la cristianización de Ávila, tradicionalmente atribuida a San Segundo, uno de los Siete Varones Apostólicos que inauguraría la diócesis abulense en el s. I, cuando en realidad comunidades cristianas claramente establecidas no se documentan hasta el s. IV. Pero adolece el texto de opiniones sobre temas que están siendo debatidos en los últimos tiempos, como es el caso de la identificación de la *Obila* ptolemaica con Ávila (asumida por Mariné), o la inclusión plena de las tierras de la actual provincia abulense, conformadoras de parte de la antigua *Vettonia*, en la provincia lusitana y diócesis emeritense —y no en la citerior y cartaginense, respectivamente, como se creía a partir de una noticia de Plinio— dentro del esquema administrativo romano (al respecto, R. Hernando, "La integración del territorio oriental de los Vettones en el marco administrativo-provincial romano", *Hispania Antiqua*, 19, 1995, pp. 77-93). El último capítulo se centra en la época visigoda y es debido a Luis Javier Balmaseda (pp. 331-365). Otra vez son escasas las fuentes y pocos los yacimientos arqueológicos (núcleos rurales como La Cabeza de Navalsangil de Solosancho o Diego Álvaro, necrópolis como la de Diego Álvaro o la de Valdesanmartín del Tiemblo). Más provechoso es el estudio de las conocidas pizarras visigodas de Diego Álvaro, al occidente de la provincia, similares a las recuperadas en Lerilla (Salamanca). El registro documental da pie a una serie de conclusiones sobre el modo de vida, la agricultura, la ganadería, la organización social, la antroponimia y toponimia del visigotismo abulense más en conexión con el salmantino-cacereño (resucitando acaso la antigua entidad étnica vetona), que con el núcleo de Toledo y Segovia. Un espacio final se dedica a la iglesia y a la religión, con la inserción del episcopologio abulense de la época goda.

Todos los capítulos incluyen un listado bibliográfico al final, organizado en subunidades temáticas, ciertamente cumplido para la finalidad esencialmente divulgativa y didáctica de la obra. Asimismo presentan una introducción contextual de la época de análisis en un marco definidor culturalmente (a destacar, por ejemplo, los dedicados al proceso de neolitización peninsular, la introducción de la metalurgia en la meseta norte, las vías interpretativas del fenómeno campaniforme, el ambiente cultural del Ier milenio a.C., el proceso de conquista militar romana, o la penetración visigoda) y dentro del espacio global peninsular y europeo, según los casos. Son estos algunos de los aspectos que caracterizan esta valiosa obra, inmersa en un ambicioso proyecto de historia provincial. Constituye, efectivamente, una tendencia actual de la política autonómica la potenciación de historias regionales más o menos amplias, actividad que en Castilla y León no es precisamente parca (por ejemplo, J. Valdeón, dir., *Historia de Castilla y León*, Valladolid, 1985-86, 10 volúmenes; o la recientemente aparecida, A. García Simón, ed., *Historia de una cultura. Castilla y León en la Historia de España*, Valladolid, 1995). La apreciación positiva de esta Historia de Ávila crece aun más al valorarse dos nuevos factores: 1) una buena coordinación, en general, entre grandes apartados temáticos, con un hilo argumental progresivo, eslabonado y actualizado; y 2) el que se haya difundido la obra en una edición de alta calidad, puesta de manifiesto en recursos como las numerosas fotografías en color que se recogen. Por todo ello debemos felicitarlos ante la posibilidad de disponer de obras como ésta. Sin embargo una apostilla negativa me ronda tras haber leído el

volumen: el peligro que puede conllevar el exceso de localismo de las historias provinciales, con un enfoque sesgado, en detrimento de una historia más comparativa e integrada en un espacio geográfico y cultural más laxo. Aunque es moderado en esta obra, sí citaré un ejemplo concreto, como es el representado por el yacimiento del Cerro del Berrueco, en el límite provincial entre Salamanca y Ávila, que a pesar de ser un conjunto unitario compuesto por varios poblados con ocupación desde la Edad del Bronce al Hierro II, es tratado bajo la pauta rectora administrativa y no desde el punto de vista cultural, pues sólo se ilustran aspectos de los poblados ubicados en tierras de Ávila (parcialmente Cancho Enamorado y Las Paredejas), obviándose las referencias a los salmantinos (La Marisella y Los Tejares).

Eduardo Sánchez Moreno
Universidad Autónoma de Madrid

tropolitano. Utilizando los materiales emeritenses, Trillmich desglosa tres grupos en el Foro emeritense: los denominados *Viri Illustres* que identifica en los togados del área, los personajes míticos como los reyes de Alba Longa —que asocia a una cabeza masculina barbada y la estatua marcada en el plinto con el grafito «Agrippa», entre otros—, o el colosal grupo de Eneas que recompone gracias a sendos fragmentos escultóricos de excavaciones y a la incorporación de la «Diana cazadora» de la Colección Monsalud, hoy en el M.A.N.; la localización de un fragmento de la placa epigráfica del grupo por el Dr. de la Barrera viene a confirmar esta interpretación.

La tercera intervención, «La lujuria decorativa del llamado Pórtico del Foro de Mérida» por el Dr. de la Barrera, pasó revista a los materiales arquitectónicos del Foro, objeto de sus investigaciones más recientes. La detenida disección de estos elementos arquitectónicos llevada a cabo por De la Barrera no viene sino a refrendar la idea expuesta en las fases del desarrollo colonial. Gracias a los conocimientos actuales, tanto en edilicia como arquitectura, es posible trazar